

Reseñas

San Luis Potosí. Textos de su historia, Enrique Márquez, comp., Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México, 1986, 548 p.

Carlos Martínez Assad

La antología preparada y presentada por Enrique Márquez, tiene dos móviles: organizar textos y documentos para dar sentido a la compleja historia de esa región y poner así a disposición de especialistas y legos un archivo para cargar bajo el brazo. Así el historiador podrá transitar por San Luis Potosí durante el largo trecho que va de la constitución del federalismo en México, en 1824, hasta la primera mitad de la década de los veinte, ya en este siglo. Cien años vistos por numerosos actores de los distintos procesos, pero también por periodistas e investigadores.

Márquez decidió ordenar el contenido de su antología haciendo primero una topografía del progreso, enumeración de recursos naturales. En ese capítulo se hace la apología de las plantas vinculadas al progreso de la entidad, con el nopal en primer lugar; pero también la mora negra, el mirasol y el moral para producir el tinte amarillo; existieron asimismo el añil, el achiote para producir el azul y el rojo, color logrado igualmente por la grana o cochinilla, mientras el volcamelia da el tinte verde. Según el *Pax Magazine Internacional*, San Luis Potosí estaba lleno de nombres que sin duda podrían poblar cualquier poemario, como liquidámbar, copal, chatle y hualul, entre otras muchas plantas usadas en la medicina. De los textiles, tan a gusto en los terrenos áridos, se cuentan la huapilla, el listoncillo, el basúchil, el otate. Están presentes las plantas alimenticias como el palmito, el sullo, el hualpoy, el chuchumbe, el pemuche, el jecube y otras. El listado de palabras tan misteriosas continúa: corozo, pitahaya, puzulú, chuluite, mícharo y los grangenos...

Rafael Nieto, a quien más adelante descubriremos próximo al marxismo, hace en la publicación cedillista *Adelante* en 1930 una descripción de las regiones internas cuyos linderos entre la geografía y la poesía resultan difíciles de establecer: "Aquí y allá, en sitios privilegiados que distan leguas y leguas entre sí, la tierra ha abierto sus entrañas para dejar salida con parsimonia avaro, el líquido elemento. Entonces el verde de ceniza se trueca en verde de esmeralda. Y son los arbustos y los cactus sustituidos por árboles añosos que suspenden sus ramajes sobre pueblecillos blancos, soñolientos y miserables" (p. 119). Nieto descubre también cómo San Luis Potosí fue pionero en la industria del petróleo. Y como el escritor se encontraba en Estocolmo al retratar su estado, termina con un verso:

Pues soy de muy lejos tierra:
soy de San Luis Potosí (p. 127)

En el capítulo II, se reproducen temas sobre el poder; se inicia con un estudio de la primera constitución potosina, pasando por lo que el autor califica de liberales puros: como D. Vicente Romero y el general Moctezuma, recreado por un artículo del distinguido periodista Nereo Rodríguez Barragán. En él nos recuerda como en "... el corto lapso de veinticinco años, diez gobernadores fueron derrocados por ineptos o por

impotentes..." ¡No se inquieten! se refiere al siglo pasado. Y en ese estado de ánimo provocado por la musa, reproduce el periodista la poesía que describía lo común de los tres principales promotores de la revuelta que describe: Ugarte, Lugardo Lechón y Condelle estaban lisiados, cuya última estrofa dice:

Pues esto ¡oh Potosí! te ha sucedido: por tres
mancos te miras hoy sujeta que es cuanta mala
suerte te ha cabido.

Los políticos potosinos también se pronunciaron contra la intervención norteamericana como lo consigna Ramón Adame quien con dignidad crítica la falta de severidad del Supremo Gobierno ante el agravio del de los Estados Unidos (p. 158). De Manuel Muro destaca el trozo de su *Historia de San Luis Potosí*, al que Márquez tituló "La secuela de Ayutla".

Ya en este siglo vendrá la encrucijada Nieto o Barragán, después del derrumbe del orden establecido por gobernantes como Carlos Díez Gutiérrez. El surgimiento del cedillismo es inminente, que por cierto hubiera sido preferible presentar documentos originales que abundan y esperar que la historiografía eleve al nivel de clásicos textos escritos muy recientemente.

Las cosas han cambiado por fortuna, respecto a la relación entre la Iglesia y el Estado, por eso la "Bula de Erección del Obispado de San Luis Potosí", del historiador Rafael Montejano y Aguiñaga, es importante. Así el papa Pío IX, el 31 de agosto de 1854 elevó esta Iglesia Potosina —la antigua Parroquia— a la dignidad de Catedral y creó la diócesis de San Luis Potosí en respuesta a una solicitud del gobernador don Ramón Adame, a la que el presidente don Antonio López de Santa Anna respondió con un decreto ordenando al Ministerio de Justicia, Negocios Eclesiásticos e Instrucción Pública, remitiera "a la legación mexicana en Roma las instrucciones convenientes a efecto de que se erija un obispado en San Luis Potosí" (p. 245).

Después vendría el Plan de Ayutla, la Reforma y Juárez para cambiar el escenario y provocar las reacciones del Arzobispado de México para protestar por las acusaciones del presidente Juárez respecto a la guerra "...promovida y sostenida por el clero".

Pero el testimonio simple y más sincero de la influencia del clero de entonces es el del comunicado del presbítero Bonifacio Padrón al juez de Letras de Río Verde, en 1881. "Muy señor mío: en el Rancho de Terreno, el viernes próximo pasado, pronuncié un discurso dirigiéndome al pueblo de aquel rancho, y el objeto que me propuse fue hacer que concurrieran a los ejercicios que tengo preparados en la iglesia de la Ciudad Fernández a los vecinos del rancho. Por tal motivo, y celoso por demás en el cumplimiento del ministerio me permití decirle al pueblo que fuera a los ejercicios en lugar de irse a trabajar en el ferrocarril, porque ese era el camino de los protestantes y del Anticristo; y que el dinero que ganan allí se les volverá carbón y tierra"... (p. 266-267). Aunque la finalidad de la carta es la de disculparse, no deja de ser representativa del tipo de argumentación esgrimida por el clero tradicional en su afán de influir sobre las cuestiones materiales.

¡Bien! el candor del padre Padrón contrasta con "Las memorias de María Asunción" describiendo lo que Márquez llama el "Soberbio Salón del Trono", donde se describen las vajillas de porcelana, los cristalersos

antiguos, los objetos de plata y en general el boato de las recepciones que monseñor Montes de Oca ofrecía en el Palacio Episcopal.

Su influencia ideológica se sentirá también en la oración inaugural del Seminario Guadalupano-Josefino pronunciado por don Manuel María de Gorriño y Arduengo, con pasajes dignos de esta Antología porque luego de argumentar que "...La razón sola sin otro auxilio inspira a los hombres el deseo de cultivar las artes y las ciencias" o que "...suspender el juicio anticipado que suele hacerse de las cosas por la significación errónea que se da a veces a algunas palabras que ni son sinónimas entre sí" Todo para defenderse de la religión atacada por quienes simpatizan con el jacobinismo sin entender que la argumentación de Gorriño sólo pretende demostrar, pese a la influencia del Siglo de las Luces que: "Las ciencias como la naturaleza toda, son obras de Dios" (p. 274-275).

No obstante, ahí se formaría, entre otros, Ponciano Arriaga para exhibir en plena madurez su ideario de liberalismo social en el Constituyente de 1857, para evidenciar que la cultura no es ajena en el siglo XIX al pensamiento de algunos sacerdotes cultos. Así incluye Márquez su interesante "exposición de motivos..." para proponer al Honorable Congreso el establecimiento de una procuración de pobres, para "defenderlos de las injusticias, atropellamientos y excesos que contra ellos se cometen frecuentemente, ya por parte de algunas autoridades, ya por la de algunos agentes públicos" (p. 287).

El cura Mauricio Zavala será otra personalidad potosina inspirada en un catolicismo social y en una inspiración de lucha por los pobres. Su participación en distintos levantamientos le hizo huir del país y constituir una figura paradigmática de la oposición a la Reforma juarista defendiendo su postura con argumentos sociales y conocimiento de la realidad de los indígenas. Son brillantes sus pensamientos y reflexiones sobre Juárez y la Reforma, por ejemplo:

La nación no es otra cosa que el conjunto de las clases sociales que pueblan el territorio nacional. Son el clero, el ejército, la nobleza y el pueblo. Conteste cada clase: el clero con el despojo universal de sus bienes raíces, la supresión de su culto solemne, el exterminio de sus conventos y la consecuente desorganización y miseria actual: el ejército contesta con su degradación, envilecimiento y completa disolución: la nobleza, con la abolición de sus títulos, el saqueo y devastación de sus haciendas y la ruina de su antiguo prestigio: el pueblo, en fin, la clase que no era entonces menesterosa, porque era propietaria, principalmente de la raza indígena mayoría nacional, ese pueblo cuya libertad y engrandecimiento se proclamaba, ha perdido, con la igualdad ante la ley, sus privilegios civiles, ha visto desaparecer, con el repartimiento, su propiedad común respetada por la conquista y gime hoy en una miseria y servidumbre irremediables" (p. 303).

En contraste, el guanajuatense Ignacio Montes de Oca y Obregón, "evidencia [esto en opinión de Márquez] la complicidad histórica que convinieron Estado e Iglesia" (p. 311). Lo que el autor intitula *La vanguardia ideológica* contará con el implacable liberal Antonio Díaz Soto y Gama, nutrido intelectualmente en la Biblioteca de Camilo Arriaga y en las ideas de los pensadores más avanzados. Su defensa de la libertad municipal de su tesis presentada al jurado calificador en la Escuela de Jurisprudencia de San Luis Potosí, donde se incluye la siguiente reflexión que, dicho sea entre paréntesis, me gusta mucho repetir: "Hacen falta ensayos de régimen representativo, tentativas de gobierno libre, y en esta materia y para este fin, lo más asequible, lo menos peligroso, lo que

mejor se presta a reponerse de los fracasos y adquirir experiencia a poco costo, en la injerencia del pueblo en la vida municipal, es el municipio fundado sobre la práctica positiva del libre sufragio...". Esto no fue dicho en la capital del estado en diciembre de 1985, sino en 1901.

Y en esa estirpe sigue Rafael Nieto, nativo de Cerritos, diputado constitucionalista y gobernador de San Luis Potosí entre 1920 y 1923, de quien Jesús Silva Herzog expresó que era "...un radical en quien la influencia marxista se advierte fácilmente" (p. 331).

La segunda parte de la Antología se divide en dos capítulos: El poder de la sangre y Las revueltas agrarias. Aparecen en el primero los orígenes casi bíblicos de estirpes reconocidas por todos los potosinos: Barrenechea, Díez Gutiérrez, Espinosa y Cuevas, Escontría, Ipiña, Muriedas, Soberón, Barragán, Zamanillo, Lavín, Viramontes, Cabrera y Meade.

El ferrocarril trae la modernidad y los productos extranjeros son mostrados con orgullo por las gentes de bien, quienes se la viven trasladándose entre sus residencias y haciendas.

Es un repaso del porfirismo, de los clubes liberales y del modernismo. Es el alborozo de las "Memorias de María Asunción": "Desde el día primero de este mes (5 de noviembre de 1888) hasta ayer ha sido un verdadero torbellino de fiestas y eventos de los que yo pude disfrutar... Lo primero fue lo más emocionante, en la estación de ferrocarril, en donde se habían levantado tribunas muy amplias para que la sociedad de San Luis Potosí se acomodara y pudiera dar la bienvenida al señor Presidente y a su comitiva. Una de ellas estaba reservada para las personalidades más destacadas de la sociedad y allí fue donde, gracias a papá, ¡yo tuve un buen sitio! (p. 390) ...Un rato después veintitún salvas de artillería saludaban a Don Porfirio Díaz y a sus acompañantes, echándose a vuelo simultáneamente todas las campanas de la ciudad".

En contraste, años atrás, en 1880, los indígenas de Villa de Tampamolón informan "Nosotros, pues, estamos sufriendo. El Ayuntamiento de este año Señor Vicetador, nos ha impuesto de Contingente Municipal un real a cada uno mensual, pero que al cobrarnos se nos exige un real y cuartilla por mes" (p. 430). El documento continúa: "El Presidente del Ayuntamiento es hijo de Don José Antonio Santos y toda esta familia nos mira como enemigos porque desde el año de 1821 tenemos pendiente con la Hacienda de Tantuité, propiedad que es hoy del señor Santos, una cuestión de límites con nuestros terrenos" (p. 431).

Tal situación no podía terminar sino en las revueltas agrarias que el autor relata en el capítulo II. Del historiador Moisés González Navarro es la "Relación de hechos" consignada en *Anatomía del poder en México*, de lo acontecido con la guerra en la Sierra Gorda al finalizar el mes de agosto de 1847 "...cuando Fco. Chaire, vecino de Xichú y sargento de los auxiliares de Guanajuato, desertó del ejército" (p. 451).

También la rebelión de Juan Santiago, asesorado por el cura Mauricio Zavala con "la pretensión -dice el autor- de quitarles las haciendas (a los despojadores criollos), gritando ¡muera! a todo el de pantalón". Revuelta que ha traído el interés de varios autores.

Este capítulo y el libro cierran con las declaraciones que los levantados en Minas Viejas hicieron ante el juez de Primera Instancia el 24 de agosto de 1905. De los movimientos agrarios potosinos del siglo XIX, "el menos conocido y el más distorsionado", dice el autor. Contradice las versiones de varios historiadores que lo consideraron influido por el Partido Liberal Mexicano, ya que surgió más bien en respuesta a "la ley agraria" conservada en el viejo cuaderno del también viejo campesino

Pablo Castillo, que como en una caja china guardaba el Plan de la Revolución Agraria del cura Mauricio Zavala. Se trató más bien de un movimiento que miraba al pasado y no al porvenir.

Entre el siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX, en San Luis Potosí surgieron las bases de su inserción en el México moderno, con sus particulares contradicciones en el nivel del poder y las formas de su ejercicio internamente y su articulación en el ámbito nacional.

Con maestría Enrique Márquez nos propone en esta Antología agrupamientos temáticos que le dan un orden y una idea ya concebida que anuncian, sin duda, una obra del autor que la historia potosina se merece.

Un personaje llamado Jalisco

Vicente Leñero

José María Muriá, Cándido Galván, Angélica Peregrina, *Jalisco, una historia compartida*, México, Gobierno del Estado de Jalisco/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1987.

***Jalisco en la conciencia nacional*, José María Muriá, Cándido Galván, Angélica Peregrina, comps., México, Gobierno del Estado de Jalisco/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1987.**

Desde que Luis González nos enseñó —o mejor dicho: nos recordó lo sustanciosa que puede ser la observación de la historia desde las llanuras mejor que desde las alturas, con el microscopio mejor que con el telescopio, parecen haber proliferado los curiosos observadores de esta disciplina que se empeña a toda costa en buscar y disfrutar del *detalle* como fórmula feliz de conocimiento.

Un poco cansados del afán universalista y macrohistórico, de la llamada "concepción global" de cuanto ciencia se nos pone delante, más bien ahitos, hartos, insatisfechos de saber superficialmente de todo sin calar en los profundos misterios de cada parte, una nueva generación de buscadores parece estar dejando de lado la Historia Patria —entendida así, con toda la solemnidad de esas palabras que suenan siempre a ardua materia escolar: Historia Patria— para descender de las alturas y ponerse a escuchar, a manejar, ahora sí que a retozar con las historias parciales que son a fin de cuentas "las historias privadas" de la historia que dan forma y contenido a la aventura de iluminar un siglo, una época, un tiempo. Con mentalidad de novelista —o de lector de novelas, que es oficio más digno y respetable— se busca en lo particular un camino para aproximarse a lo general, igual que se da valor y vuelo a un trozo de experiencia para calar más hondo en la experiencia abarcadora de lo que se entiende por el todo.

Lo que se intenta decir —de una vez por todas y abreviando— es que de alguna forma, ¡y sabe Dios por qué causas! entramos en el tiempo de la historia local, de la historiografía regional. Se suponía que con el ojo clásico habíamos visto todo lo que había por ver del país, y al enfocar la lente sobre un área precisa del territorio empezamos a entender que ese todo del país requiere primero de una dilucidación por partes de cada parte a dilucidar. No que se entienda la historia patria como la suma de las historias regionales y se busque en esa suma el total aritmético que